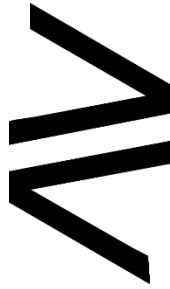


VI

archivo
entre >
guerras



Nakba

De Ángel Hernández.



© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: archivo.entreguerras@gmail.com



I

Fue un primer pensamiento: saltar. Saltar por el espacio suspendido entre mi cuerpo y el muro. Saltar como una escala de mi necesidad principal: correr. Correr siempre de cualquier cosa que se acerque demasiado. Así, desde la primera infancia hasta la infamia de la tercera juventud: Malva, 35 años. Mujer resurgida del polvo y la ceniza de una generación de hombres que llegaban muy de noche a casa, para al día siguiente tomar el desayuno y desaparecer.

Hombres: barbados/ Limpios/ Engreídos/ Ojos negros/ Ojos claros/ Bajos/ Altos/ Consientes/ Inconscientes/ Hombres que lo dan todo en la cama. Luego, toman el desayuno y se van.

Hoy, tomo un primer vuelo. Pienso en esos hombres; en el desayuno servido para ellos desde hace un tiempo sobre mi mesa. Pienso en decolorarme el pelo; en hacer una rutina de iniciación al islam. Hoy, tomo un vuelo. Dejarme caer: profecía que me hace resurgir de los residuos de alcohol que han quedado dentro de mí los últimos días. Todo es momentáneo. Todo es pasajero. Todo vuelve a salir por la piel.

Estoy encantada de volver a ayudarme con la abstinencia.

Estoy encantada de volver a ser motivo de discusión entre mis antiguos amantes.



Estoy encantada de decir que ahora soy artista del *performance* y tengo un proyecto en la antigua Cisjordania.

Un objeto de la inercia se restituye.

Una parte oscura en la historia de la historia.

Un territorio en ocupación ennegrecido de mi negro corazón donde ha dejado de crecer la yerba:

Entonces, salto.

II

El programa de trabajo consiste en un primer acercamiento a la zona fronteriza que rodea Cisjordania. Territorio de exclusión en la geografía del terror impuesto por un gobierno asesino. De una zona libre de ensayo para la injusticia y de un bastión determinado por la ubicación de un cuerpo:

El mío.

El mío, que renuncia a la historia y ahora baila o, por lo menos, hace que me precipite hacia el fondo mismo de la superficie.

“Eso no es bailar”, ha dicho uno.

“Eso no es bailar”, ha dicho otro.



“Eso es intentar romperse los huesos en la caída”.

“Eso solo es saltar y romperse en el piso”.

Quedarse ahí/ Rota, pero con vida. Como la historia. Como esto que pasó acá:

Una mujer y un hombre. Agentes de un tiempo no determinado que no aumenta su condición de sobrevivencia, en la medida en que pierde peso de realidad.

Voy hacia el aeropuerto. Pienso en que mi vida se ha hecho para salir a los aeropuertos y quedarme mirando a la gente que aterriza. A la gente que parte hacia algún lugar, pero, sobre todo, a la gente que puede regresar:

Una mirada hacia la pista de despegue.

Una caricia después del golpe.

Un destello. Una forma distinta de entenderse con el delito de la ocupación.

Llego al aeropuerto. Tengo algunas dudas: por ejemplo, ¿quién responderá por esto que estoy a punto de hacer? Quiero decir... por mi vida.

Y ahí está Esteban.

Soy Esteban Montes. Tengo una sensación ligera de pánico. No sé si pueda soportar las doce horas de vuelo sin fumar. Ahora las cosas han sido peor para los fumadores en los aeropuertos. En todo caso, vengo de una familia de muertos.



Quiero decir, de una familia acostumbrada a morir a consecuencia del tabaco. Bien.
Ahí está Malva.

—¿Esteban?

—¿Malva?

—¿Por qué sangras?

Tendríamos que haber abordado hace quince minutos. Tendríamos que haber hecho tantas cosas hace quince minutos: pensar, telefonar a alguien, fumar un último cigarro. Mierda, esto es complicado y, a la primera exhalación, tenemos ya una gota de sangre sobre el pañuelo.

Sangre: pequeño territorio invadido de pulsión roja expuesta a la intemperie.

Hola, Malva. Con suerte, nos acompañamos en esto y nos va bien. Con suerte, nos volvemos buenos socios e intercambiamos ideas para el proyecto arriba del avión. Doce horas después: Madrid, Barajas. En Barajas, la condición para cualquier extranjero es exactamente la misma: caminas y llegas. ¿Nadie nos ha puesto el pie ni ha volteado a verificar si somos musulmanes o negros? Esto último se lo he preguntado a Malva. Si somos refugiados o solo la angustia es ya un gesto característico del hombre.

—Bueno, aun hay tiempo —digo a Malva—, tomemos un café. O mejor un trago.

III

Esteban es periodista y escribe ahora una colección de relatos relacionados con la Nakba; el éxodo palestino en el año de 1948. Nos conocimos en un conversatorio de la UNAM y lo invité a formar parte del proyecto.

—Necesito alguien que cubra el viaje —le he dicho—, no un amante. Así que guarda tus intenciones, en caso de tenerlas, querido.

—Bien.

Subimos al avión. Subimos tarde al avión. Ahora, todo ha quedado más claro. Ha venido salpicando de sangre el sitio cada que tose. Le he tomado aprecio por ser moribundo. (Siempre he tenido especial inclinación con los moribundos, principalmente si los moribundos son periodistas.)

—Esteban, no te conozco, pero ahora estamos arriba de este avión y vamos a Palestina. Por favor, si es que duermo, no me toques las tetas. Todos lo intentan.

Malva es mexicana. Es artista de performance y se ha dedicado desde niña a la danza en un país donde es complicado hacerlo. En un país, espacio-tiempo, *no hecho* para una mujer. Nos conocimos en un conversatorio sobre las heteronomías del poder y, ahora, volamos a España y tenemos un boleto a Tel Aviv en las manos.

Nos relaciona el mismo destino y el seguimiento que haré de su proyecto para escribir una bitácora testimonial de esta guerra:

—¿Dormirás, Malva? No te preocupes por mí, sangro todo el tiempo. ¿Me tomarás en serio igual?

En el avión. Una copa. Otra y otra. Llegamos a Barajas. No hemos pasado por indocumentados, a pesar de la sangre. Ahora, Malva despierta.

Madrid: mis huesos están tratando de entender la condición de las siete horas que me han robado. Me desplazo como una nube que prefiere la noche que el día. Mejor dicho: una nube que vive la noche, cuando debería vivir el día. Mañana, comienza esto y el itinerario del recorrido se localiza en un punto y, luego, se extiende para perderse en un lugar no localizable: Jerusalén. En otras palabras: pocos saben lo que sucederá y me gusta sentir que Esteban ha sangrado en paz la parte de asiento que le toca, sin acercarse demasiado.

—¿Esteban?

—¿Sí?

—Estuve pensando durante el vuelo.

—¿En qué?

—En saltar. Saltar de un avión. En caer.



El programa consistía en un primer acercamiento a la zona fronteriza que rodea Cisjordania: una mujer y un hombre; agentes de un tiempo no determinado que aumenta su condición de sobrevivencia en la media en que esta pierde peso y se precipita. Algunos han dicho que al vacío.

Escribí algunas cosas. No importa. Iba pensando mientras Malva dormía. Aproveché el momento en que la nariz paró de sangrar, luego, escribí esto en una servilleta de Iberia:

Algo viene de aquí y se derrumba: cae una piedra.

Una piedra es un cuerpo.

Un cuerpo es la piedra para comenzar

la construcción de un pueblo.

He comenzado a tener algunos pensamientos

sobre el destino de nosotros como piedras y cuerpos:

Nuestra certeza radica en caer, en rodar, en romper.

Despierto y Esteban continúa bebiendo. No me extraña. La mayoría de los periodistas son alcohólicos y temo que se anime a querer escribir de todo esto. Ahora, se asoma por la ventanilla y comienza a inquietarse. No ha notado que lo miro. Toma la servilleta que cubría un pequeño vaso plástico con whisky y comienza

a escribir. Después de un tiempo, se ha llevado las manos a la cara y, sin notarlo, el rostro se le ha venido enrojeciendo. Ahora, no es posible ver si sonrío.

IV

—*Hay que demoler toda la aldea.*

—*Eso no será sencillo.*

—*¿Por qué no?*

—*No hay suficiente maquinaria. Además, hay muchos hombres que nos miran como pensando que algo estamos haciendo mal.*

—*Es que algo estamos haciendo mal, pero no es algo que, ahora, particularmente, importe.*

Segundo momento incoherente, relacionado con el sentido de justicia del documental que miro en el móvil sobre Gaza. Lo pongo en pausa y potencio mi sentido de inercia. Ya me las he arreglado antes para evitar un posible encarcelamiento. Luego, escucho a Malva decir:

“Mi cuerpo está compuesto por una vertiente sanguínea aterradorante”.

“Mi cuerpo es un canto de lo que sí y de lo que no”.

“Mi cuerpo ha tomado una decisión: ir al muro y estrellarse”.



—¿Esteban?

—¿Sí?

—¿Estás? Ya llegamos a Tel Aviv.

Todo ha salido mal. He llegado hasta el primer puesto de control del aeropuerto y, ahí, justamente, han comenzado a mirarme como presa. Luego, me siento rígida, paralizada, siento que estoy hecha del mismo material con que se construyen los muros de hormigón.

No sé qué decir. Esteban intercede por mí. Se conduce mejor, habla mejor el inglés y, para bien de ambos, no ha sangrado todavía. Bien, Esteban lo ha arreglado. Tomamos un taxi del aeropuerto y nos vamos de ahí. El taxista se ha molestado porque Esteban abrió la ventanilla del taxi y se puso a fumar. Discuten, no entiendo en realidad lo que dicen, pero, al final, el taxista nos baja del auto y quedamos a expensas del transporte público.

—¿Estamos cerca?

—Sí, en realidad, estamos cerca.

Dos horas después, llegamos a la casa de Jhamir, un palestino veinteañero que ofrece servicio de hospedaje por Airbnb. Esteban vuelve a fumar, pero, esta vez, lo suficientemente lejos de mí.

—¿Esteban?

—¿Sí?

—¿Nos quedaremos en la misma habitación?

—Sí. Hay dos camas.

—Perdón, pero buscaré otro lugar. No estoy segura de poder sentirme cómoda.

Esteban: La vi desempacar su ropa en la habitación desde que salimos de México.

En un momento, pensé que nos acostaríamos. (Pensé eso porque creo que con Malva es necesario pensarlo.) ¿Cómo es esto?

Ella llega; la miro.

Le ayudo a desempacar.

Ya que ha desempacado todo, nos sentamos a la mesa

y, entonces, comienzo a pensarlo:

¿debemos ir a la cama?

Pero no lo digo. Me lo trago y me hace daño.

Me provoca un dolor que me oprime el pecho.

Luego, ella, al verme temblando, habla como si nada:

—Todo pasó rápido.

—Sí.

—Estamos en Jerusalén.



—Sí, quién iba a pensarlo.

—He escuchado algunas voces.

—¿Voces?

—Voces que vienen desde la mezquita. Cerca de la puerta de Damasco.

Jerusalén Este, año de 2017. Hoy, toca trazar la trayectoria de un viacrucis que se pierde en las rutas de la historia como sentimos que hemos perdido la noción de justicia.

—Esto es Jerusalén.

—Gente por todas partes, ruidos de motores de auto, militares armados. Es un desastre.

A pocos kilómetros de ahí, el muro de *apartheid* se extiende glorioso insistiendo en la naturaleza de otra voluntad de exterminio:

“Todos hemos nacido para morir y matar”, reza el proverbio.

Alguien lo ha creído y ha venido hasta acá para exigir el espanto como derecho.

El espanto como derecho.



V

—No nos quedaremos aquí.

—El Walled Off Hotel no es el mejor sitio para ver los amaneceres de Bethlehem, pero es de Banksy.

Atravesamos la primera línea divisoria y un chico con traje militar me detiene. Me hace un par de preguntas. Sé qué contestarle a todo. Me mira a los ojos. Lo miro, ¡Siento deseos de inclinarme y besarlo! ¿Qué pasaría si hago eso? ¿Te lo pregunté alguna vez? Me acerco, me acerco un poco y listo.

¿Qué está haciendo? La veo acercarse demasiado a uno de los militares. ¿Qué pasa con ella? El militar la ha conducido hasta otro de los apartados, mientras atrás, las huestes de musulmanes lanzan alaridos. ¿Has visto lo que provocaste? Has besado imprudencialmente al militar y hay una fila de más de trescientas personas queriendo atravesar por aquí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Por qué hiciste eso?

—Me gustó.

—¿Qué dices?



—El chico me gustó. Me recordó a Rubén. Un chico de la escuela.

—Esto puede meternos en problemas.

—Lo sé.

El chico militar, al final, no era tan parecido a Rubén y nada fue tan romántico como pensaba. En una cabina separada del *check point*, me revisaron completa. Y, luego, algo salió de control. Llegó un israelí y comenzó a interrogarme: que a dónde iba, que de dónde venía. Que por esa falta estaba obligada a pagar 4000 shekels. Bien, ahora, nos entendemos.

—¿Por qué has besado al chico?

—Le he pagado 4000 shekels por el beso.

—Y *game over*.

—Bueno, *Game over*, a veces, hay cosas que el dinero sí compra.

—Bien. Ahí está el hotel.

—No me quedaré con Banksy. Lo detesto.

El hotel está justo frente al muro. En el acceso, hay un hombre disfrazado de botones que te recibe. Me hago una foto con él. Esteban/ *Over*, ya está fumando dentro, en el lobby.

—Aquí sí lo permiten.



—Sí. Esta es la economía colapsada más plural del mundo.

—Lo es.

—Los decretos para el uso del espacio público están bendecidos por el turismo internacional.

—Lo están.

Dejamos las maletas. El hotel huele a viejo. Banksy lo ha comprado para recibir adeptos de todo el mundo, que dejan remesas importantes para seguir pintando consignas de forma clandestina en las bienales de arte. Estamos en paz contigo Banksy, rezo:

Estamos en paz contigo, que nos has enseñado el camino de la subversión. Estamos en paz contigo, Banksy, que a nada le pones precio y a todo logras vender bien. Estamos contigo Banksy que has hecho de la intervención un pretexto para reflexionar sobre la condición vulnerable de los pueblos. Y ganas euros.

—Este es el cuarto. Cada uno tendrá su cama y está separado por un panel.

—Menos mal.

Salgo a la ventana. Frente a la ventana, está el muro. La peor vista del mundo, dice un hombre al lado mío, que no deja de fotografiar. Entonces, escribo, mientras

Malva se ducha: “He venido a comprobar que el tiempo es una estructura de relatividad pavorosa”. Luego, Malva cierra bien la puerta.

Cierro la puerta. Me baño y salgo de bañarme. Él mira el muro por la ventana. Escribe. Siento un impulso. Un vértigo hacia delante que no sentía desde mi iniciación a la danza. Recuerdo los labios de aquel hombre israelí. Meto mis dedos en sus labios imaginarios y, ahí, comienza el primer movimiento. Lo he besado y en respuesta me ha dado un golpe con el arma.

—¿Estás bien?

—Sí. El hijo de puta me ha abierto un poco.

—Bien. Ahora, seremos dos que sangran.

Salimos del hotel y caminamos por el muro. Kilómetros de zona limítrofe. Cientos de cigarrillos. De pintas, consignas, expresiones. Hagamos la lista.

—El muro es un cuerpo.

—Mierda, es lo más sensato que has dicho. Me interesa eso.

—¿Qué?

—Explorar la sexualidad de los materiales inertes.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—Explorar lo vivo del material muerto.



—Ja, ja, ja, ja, ja.

—Hoy, sentí una primera provocación cuando besé los labios del soldado.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—El chico era un muro. Era un cuerpo-muro militarizado.

Malva es un muro que se contrapone. Ha levantado una arqueología secreta, recuperando pequeños fragmentos de civilizaciones que existieron en la geografía que conforman los cuerpos de sus amantes y cuyo florecimiento estuvo determinado por guerras, protestas y pestes.

—Pienso en la piedra como heredera de los cuerpos. En cómo hace una piedra para procrear. En la disgregación, en la interrupción del movimiento.

Malva sale de la ducha y comienza a ensayar acciones que llevan, generalmente, a su cuerpo a desplomarse. Luego, hace una lista de desfallecimientos, relacionados con la ocupación:

1. Nos han vuelto a interrogar. A hacer más preguntas. ¿Has notado eso? El grado de preguntas es angustiante. La ocupación enraíza un imperio de dolor a partir del cuestionamiento continuo. Aun más si se trata de preguntas de rutina, imbéciles, sin sentido.

2. ¿El muro es uno o son dos? Es un mismo cuerpo que ofrece dos visiones. Son dos cuerpos unidos por la membrana del infinito, ahí, donde caminando desde Ramallah no alcanzas a distinguir finitud alguna. Quiero decir, ¿esta mierda fue construida por alguien?
3. Las agencias internacionales de noticias han favorecido la ocupación. Mira esto *Over*: tengo en mis manos un puñado de ceniza. Hace poco, hace menos de una semana, algo ardió aquí. Algo que pudo haber sido un estúpido neumático, con lo que se aumenta el riesgo de insurgencia frente a las estructuras de control que mantiene Netanyahu contra el terrorismo. En una frase: la piedra está hecha de ceniza. La piedra es una acumulación de las cenizas de otras insurrecciones.

Esa tarde caminamos todo el muro. De vuelta al hotel, está Malva hablando con el camarero. Saco el último cigarro del paquete. Enciendo el ordenador. Pongo “Muro de *apartheid* Palestina” en el buscador. Esta es la primera nota:

EL MURO ES FINANCIADO POR EMPRESAS DE CONSTRUCCIÓN MEXICANAS.

Y, luego de leer esto, me pido otro whisky.



VI

—Mira, este hombre vive en Ramallah.

—¿Y?

—Podrá llevarnos.

—Bien.

—¿Hay algo que quieras preguntarle? Habla perfectamente el inglés.

—Gracias.

El árabe de Malva mejora. Ha quedado con el chico de salir mañana a las 8:00 horas. No será necesario atravesar más por el *check point*. Estamos sobre las camas. Hace calor. Hace más calor con Malva casi desnuda y el muro cerca. Trato de abandonarme. De entregarme profundamente al sueño. En ese momento, algo se escucha al fondo.

—¿Oíste eso?

—Sí.

—Retírate de la ventana.

—Los militares han disparado contra un chico.

—¿Qué dices?

Entro a la regadera. Miro con la puerta entreabierta que Malva práctica posiciones de krav magá. Mi cabeza comienza a desactivar sentidos, apegos, compulsiones, falsas ilusiones. Solo se deja llevar por los sentidos primarios del contacto del agua en la piel. Salgo de ahí, escribo algunas cosas, enciendo otro cigarro. He conseguido dormir un poco. Malva también. De pronto, un sonido llama nuestra atención al fondo.

—¿Malva?

—Sí.

—¿Oíste? Algo ha explotado cerca de aquí.

—¿Quieres que vea?

—No. Duerme, mejor.

Buenos días. Vamos al restaurante. Ahí está el hombre disfrazado de botones y junto a él hay un mono. Una chica llora en silencio debajo del Nicab mientras revisa el móvil.

—He visto a un niño muerto ayer. ¿Sabes?

—No sigas.

—Me recordó a Julián. Un amigo de la infancia. Se parecía.

—Deja por un momento de hacer eso.

—¿Qué?

—Relacionar todo con tu vida pasada.

El militar lo veía de frente. Luego, comenzaba a hacerle preguntas que el chico no podía responder. O, más bien, no tenía tiempo. El militar preguntaba constantemente y demasiado rápido. Luego, en un momento, algo sucedió.

—Bien, subiré a la habitación. Ya he terminado.

De pronto, le golpeó la cabeza. El chico se quedó pensativo un momento, tratando de asimilar lo que había pasado. El golpe no vino del militar que preguntaba. Vino de otro militar que no preguntaba nada. Que solo estaba escuchando en silencio las respuestas del chico, hasta que llegó su momento de actuar. Y lo golpeó. Y el chico quedó atónito, sin poder despabilarse por largo tiempo. Algo resonaba dentro de su cabeza. No sé. Algo le ocurría por dentro. He visto eso, esta mañana aquí afuera del hotel de Banksy y, ahora, no puedo seguir viendo a un niño y a un militar igual.

—Malva, ¿quieres subir conmigo a la habitación? Pasarán por nosotros en veinte minutos.

—No. Pensaba en que sería bueno cambiar la ruta del viaje.

—¿Qué dices?

—Ir al desierto.

—¿Cómo?



—Sí, dejar Ramallah para el final.

¿Qué parte del desierto?

—Khan al-Ahmar. Por ejemplo.

—¿Estás segura?

—No lo sé. Espera...

—¿Estás bien?

—No.

—¿Quieres recostarte un momento?

—No. Saldré a dar un paseo.

VII

Malva por la Manger St. Audio grabado desde la Tascam Dr 40

Vine para tratar de explicarme algunas cosas que no entiendo,
que nunca he podido entender.

Vine para explicarme cómo funciona la justicia en un país sin justicia.

Y si es que la justicia basta para poder acabar con todo esto.

Y, ahora, pienso que el semblante más terrible de esta guerra
es la diferencia de condiciones para la guerra.

Vine para explicarme algunas cosas



y creo que ahora he dejado de entender las
que suponía entender antes.

Pienso en mi papel en esta guerra injusta,
desproporcionada, desigual.

¿Cuál es mi posición y cuál es mi derecho a mantenerme parcial?

¿Qué he venido a tratar de encontrar que pueda beneficiar
mi proyecto y mis condiciones de búsqueda,
si es que estas existen en realidad?

¿Sirve de algo todo esto? ¿Quiero que sirva?

Bailar con el cuerpo desecho frente al muro,
alimentando posibilidades que se extravían
y, luego, se confunden entre el tiempo de los arribos,
las explosiones y los desplazamientos
sutiles hacia otras fronteras del mapa.

He entrado a mi cuenta de Instagram:

hay mensajes que sinceramente no quisiera leer en voz alta,
pero lo haré:

Gabriela Muñoz: Nena, ¿has tomado muchas fotos?



Sergio Rodríguez: ¿Has logrado fotografiar las casas demolidas de Hebrón de las que te hablé?

Norma Ángeles: ¿Llegaste a Gaza? ¿Sí hay guerra? Envía fotos, Malvada.

Ahora y con todo esto, intento tomar una foto a un grupo de palestinos apostados frente a un tanque del ejército israelí, pero, al querer hacerlo, uno de ellos me mira y el móvil va a dar al piso.

Me quedo suspendida.

No sé si haya sobrevivido al golpe.

No puedo moverme. No quiero que sobreviva.

Me molesta que se me caigan las cosas.

Me siento una idiota cada que ocurre.

Mi padre decía que dejar caer las cosas era de idiotas. Que lo importante en la vida es sostener.

Sostenerse. Y yo tiro todo, todo el tiempo.

Luego, no sé cómo solucionar los daños que eso ha venido ocasionando en mi vida.

Sin embargo, cuando mi cuerpo cae, me siento afortunada.



Mi cuerpo: un objeto animado
que toma temporalmente un lugar en el espacio.
Luego, se desvanece. Luego, por descuido tropieza y cae.
Debo pensar que eso también es un error, que eso también
es de idiotas.

¿Quién me deja caer? ¿Quién me sostiene y, luego, me deja caer?
¿La suerte? ¿La vida? ¿El tiempo-yo misma?

Voy recorriendo los grafitis del muro.
Me atraviesan imágenes terribles de niños pequeños
que no pueden ser sostenidos entre las manos,
como yo de pequeña no podía ser tolerada por nadie.

Luego, esos niños van a dar al suelo como yo
y se quedarán inmóviles como el chico que vi que era
golpeado por el militar que no preguntaba nada.

La situación se repite interminable en mi cabeza.
Respiro profundo y quiero salir huyendo, pero un hombre
que ha venido tras de mí desde hace un tiempo
me detiene y me entrega el móvil en las manos.



Lo tomo, no puedo sujetarlo bien y
lo vuelvo a dejar caer.
Me avergüenzo frente al hombre.
Ni siquiera puedo responderle bien en inglés.
Ni si quiera sé cómo sostenerlo.

No sé cómo sostener en general.
Nunca he sabido sostener.
Vine para intentar explicarme algunas cosas
que no entiendo.
Como de lo que se intenta sostener.

Sistema Nacional de Investigadores. Primer reporte

Agradezco la oportunidad de haber llegado hasta acá. Ustedes me dieron el dinero y sé que esperan, por lo menos, algo sincero de mí. Trabajo alrededor de un ensayo periodístico que en realidad no sé cuándo entregaré. Me gusta sentirme ajeno a la complacencia y cercano a la realidad de las cosas. No lo sé. Y, en buena medida, estoy perdido. Por eso, envíó este mensaje desde Bethlehem. La mañana de ayer, la *performer* Malva Stivana, con quien realizo este viaje, presenció la agresión a un chico de seis años a manos de un miembro del ejército israelí. Yo he visto hoy la



demolición de una vivienda en Nahalin y no sé qué pensar. En realidad, no amo esta ciudad. No amo a su gente. No me amo a mí mismo. No amo mi profesión. Generalmente, no me gusta lo que veo ni me gustan los demás, ni me relaciono con ellos de manera efectiva. No me tocan muchas de las cosas terribles que suceden en el mundo. Pero el *rictus* de un niño tratando de impedir que sea demolida su casa me ha regresado hoy a la idea de humanidad. Una humanidad desprovista de toda noción de humanidad que la vuelve pavorosa. A pesar de ello, seguiré aquí como observador y actuante indirecto de una barbarie que me desliza al lugar de la complicidad, pero, en todo caso, me lleva a pensar que la vida puede servir para otra mierda que no sea dejar de ser proclives ante el dolor de los demás. Así las cosas, desde acá. Así van pasando.

Esteban Montes.

VIII

—¿Qué haces?

—Mi primer reporte.

—¿Y?

—Es fatal.

—No te vi por la mañana.



—No. Salí hacia otra ciudad.

—¿Otra ciudad?

—Sí, otra ciudad cercana.

—¿Estas son las fotos?

—Sí.

—Mierda.

—Lo mismo pensé.

—Esteban... ¿Te molestaría quedarnos aquí unos días más?

—¿En Bethlehem o en el hotel de Bansky?

—En Bethlehem, cariño. El hotel de Bansky no lo soporto un día más.

—Está bien.

—Me gustaría entrenar. Hacer algunas prácticas en la zona del muro, seguir hacia el desierto. No sé. Tú puedes continuar si te parece mejor.

—¿Continuar?

—Sí, continuar hacia Hebrón, Tulkarem, no lo sé. Son sitios importantes.

—Puede ser. Me interesaría más la Franja de Gaza.

—O la Franja de Gaza, con suerte.

—Podemos intentarlo, puedo quedarme aquí tratando de investigar los permisos.

—Escucha, no necesito...

—Sé lo que va a decir.

—No necesito que cuides de mí.

—No es por eso.



—Espero que no. Puedo cuidarme sola.

—Bueno, saldré unos días.

—Bien.

—¿Nos volveremos a reunir aquí?

—Sí y, luego, continuaremos hacia Jenin. Comienzo hoy a escribir una bitácora coreográfica, quisiera que cuando nos veamos dentro de unos días, puedas leerla y darme tu opinión.

—La leeré.

—¿Sin sangrar?

—Eso no lo puedo prometer.

Territorios ocupados de mi cuerpo/ Anatomías del muro

Apuntes para la construcción de una partitura coreográfica

Esbozos de acción y contención

Malva S.



Territorio ocupado de mi cuerpo (uno)

Paredes/ Columnas/ Verticalidad/ Muralla/ Barrera/ Materialidad liminal/ Programas de asistencia para mallas ciclónicas afligidas/ Recorrido de kilómetros y kilómetros de muro de *apartheid*:

Una de las acciones consistía en dejar correr un hilo por todo el perímetro del muro. Luego, volver al punto de origen, acumularlo y prenderle fuego. Bailar frente a ese fuego. Sin embargo, no había suficiente hilo en toda Bethlehem.

Tránsitos cíclicos/ Hombres que alteran la naturaleza de su corporeidad atravesando dos veces por día los torniquetes de la frontera/ Hombres habituados a esperar/ Pasar/ Regresar sistemáticamente:

Otra de las acciones era pasar todas las veces que fuera posible por esa frontera y, luego, intentar caminar en línea recta. Leer todas las consignas que se han escrito en el muro y tratar de memorizarlas de manera consecutiva mientras el cuerpo reacciona a los estímulos de esas imágenes.

Padre/ Madre/ Rostro/ Tú/ Marco/ Pared/ Ojos delimitando un cuerpo/ Sed/ Orfandad/ Desasosiego.



Hice un listado de palabras que me recuerdan a Bethlehem y que me recuerdan a Esteban queriendo encontrar alcohol durante el Ramadán. Todo bien.

Hay una manera hipnótica de *no pertenecer*. Yo soy una de ellas. Estoy aquí porque no tengo más/ Estoy aquí porque el Fonca lo quiso/ Porque me dio el dinero/ Ahora no sé de qué modo actuar frente a esa incongruencia/ Frente a esa ¿convicción?

Territorio ocupado de mi cuerpo (dos)

Si no pertenezco, entonces, la historia comienza/ Se separa de la zona habitable/ Temporalmente, autónoma/ Fantasma de la fuga/ Mi representación de todo lo dicho, de todos los discursos pronunciados es el llanto de una niña que recorre mis odios y traigo en el *playlist* del *cel* y he compartido con mis colegas activistas, pro derechos humanos. Mis *queridos* de las ONG.

Chicos: metan el llanto de esa niña en los videos de las agencias de seguridad, en promocionales de TV, en los altavoces de los centros comerciales, pónganlo antes de las películas en los cines, en los aviones, antes de las funciones en los teatros, báilenlo en las fiestas, pónganlo de ringtone, de alarma para despertar por la

mañana. Comiencen el día oyendo ese llanto y, luego, piensen que ese llanto, aunque deje de escucharse, continúa.

Día dos frente al muro: una mujer reúne grabaciones del sonido de su propio llanto e intenta una coreografía. Eso se dirá hoy al mundo: hemos decidido desplazarnos a la zona más hostil del universo. El lugar donde no es posible estar, el lugar de la resignificación del dolor y la barbarie tal como las artes vivas lo han querido. En internet, encontré esto. Es del MOCA en Los Ángeles.

*Hoy traigo aquí a testificar a un amigo
él comparte su experiencia de dolor
dentro de esta galería
llora sabiendo que cada lágrima
es una manera digna de ganarse la vida
llora y cada lágrima en esta instalación conceptual
es encapsulada y luego vendida
a los compradores de arte
en apoyo al pueblo Palestino*

Territorio ocupado de mi cuerpo (tres)

Mi representación simbólica frente a la estructura de dominación que han ejercido los hombres en mi vida puede compararse con esta grieta. ¿Es simbólica? ¿Tengo que hablar de manera simbólica? ¿Tengo que poner ejemplos simbólicos como esta grieta? Bien, esta grieta en el muro de Qalandiya es mi representación simbólica de mujer/ De mujer simbólica/ De simbólica mujer. En fin, el peso de la historia caerá sobre otros. Yo, esta mañana, caeré frente a las ruinas de Jericó.

Me tomo un descanso (un *black out* obligado)

y abordo por la tarde un *servis* hacia el mar Muerto.

Llevo una semana de viaje y mi condición de

bailarina entre las ruinas de la posguerra empeora.

En aquel lugar donde *No pertenecí*, fui acumulando expedientes sobre civilizaciones antiguas que habían preferido extinguirse. ¿Qué las extinguió?

La guerra: se veían algunos pueblos de pie, pero, en general, todos estaban muertos. De algunos escombros, sobresalían figuras humanas y algunos apartados electrodomésticos. También quedaron algunos olivos de pie.

El tiempo: la corrosión, el polvo las alimentaba. («Qué hermoso paseo», pensé.) El tiempo todo hace desaparecer. Su gran capacidad inmaterial de exterminio me ha recordado hoy que he visto pueblos que nunca crucé.

La soledad: se quedaron solos y solos murieron quizá a consecuencia del hambre. La soledad castiga los espacios ínfimos del ser de un modo tal que es difícil reconocer después cómo se era en relación con los otros.

Me he demorado más del tiempo previsto y le he escrito a Esteban un largo mensaje de WhatsApp, explicándole la situación:

—¿Malva?

—Sí.

—Regresaré en dos días.

—Bien. Yo no sé cuándo regresar.

Territorio ocupado de mi cuerpo (cuatro)

Este territorio lo dedicaré a los dromedarios muertos de Jericó:



Todos los años del mundo son este momento
un sobresalto de pánico me saca de la cama
y en la ventana un dromedario
me mira y se compadece de mí

Repuesta ya de los engendros del desierto
y la sudoración extrema
salgo al espacio neutro de la ceniza
o a las caderas amplias de mi madre
o los perros que nos perseguían y los novios
que se volvieron criminales

Estoy sola
estoy huyendo sola
con un dromedario moribundo que me persigue
y en esta sucursal de los veranos
que deben acostumbrarse en el infierno
han mandado a instalar una rueda grande de la fortuna
Una máquina que atravesó el desierto de Judea y Samaria
para instalarse en el sitio donde Jesús de Nazaret
habló con la bestia y la bestia le respondió:



Defiende lo que crees.

IX

—¿Pudiste descansar de mí?

—No lo sé.

—Te ves algo mejor.

—Tú, algo peor. ¿Dónde fuiste? ¿Pudiste dejar de fumar por lo menos dos minutos?

—No. Fui a Nablus y a Hebrón.

—Uff. ¿Tienes material? ¿Escribiste algo?

—No. No mucho. ¿Qué tal Jericó?

—Brutal. Tengo algo que quiero mostrarte luego.

—Bien. ¿Y ahora?

—Ahora Khan al-Ahmar. La comunidad de Beduinos.

—Bien.

—¿Llevas la cámara?

Entramos a territorio irregular. Mi Nikon es un cuerpo suspendido en las montañas del desierto de Khan al-Ahmar. Mi Nikon sueña con fotografiar el tiempo de los cuerpos y los espejismos. El tiempo de los que sí y de lo que no. El de las tormentas



de arena. No es tarde para eso han dicho algunos. Mi Nikon fotografía el suelo y el suelo son las tinieblas.

Palestina a campo traviesa nos devuelve el vértigo
de los cuerpos momentáneos, ingravidos/ Insostenibles
que siguen siendo vulnerables al dolor de los demás.
Como el mío.

Caminamos, luego de que el transporte colectivo nos ha dejado en medio de un paraje solitario de la carretera. Pido a Malva que guarde la cámara y seguimos así hasta llegar a un pequeño conjunto de casas temporales. El sistema de aniquilación y desplazamiento forzado que el gobierno israelí ha implementado en estos territorios es incalculable. Las comunidades de beduinos que viven en este desierto serán evacuadas pronto y el constante patrullaje militar así lo dice.

El desierto es un paisaje sostenido
en empeños esfuerzos:
está la sed y está la calma
y está Khan al-Ahmar:
cielo, nubes de arena
y el viento conduciendo esporas.



Una danza de la que podría pasar
el día aprendiendo,
una danza de abstracciones,
de fabulación y sentido.

—¿Has visto eso?

—¿Qué?

—Una tormenta viene hacia nosotros.

—Quiere decirnos algo.

Malva: etapa previa a los espejismos

¿Por qué me desnudo?

¿Por qué hago la mayor parte de mis acciones en el desierto desnuda?

¿Por qué no me importa que me vean los beduinos barbados y no barbados
junto a sus dromedarios cansados, somnolientos, desnuda?

Esto es común:

cuando estás parado frente a tus propios espejismos
e intentas regular el diálogo con ellos no sabes cómo
iniciar con el cuerpo las preguntas verdaderas.



En el desierto de Khan al-Ahmar,
yo hice preguntas con el cuerpo desnudo,
pero el desierto no respondió.

Esteban, acompáñame en este trance:
toma mi cuerpo, pero no lo mires, ni lo desees,
no intentes descifrarlo,
tómalo solo como una bóveda,
como una cámara oscura,
como un archivo de presencias y ausencias.

En esas presencias está tu padre,
y está tu madre,
y está la descendencia de los beduinos
de Khan al-Ahmar.

Trae hasta aquí tus memorias
y enterrémoslas en este desierto
junto al cuerpo de los olivos y junto al cuerpo
de los abedules viejos.

Ahora, has comenzado.



Bien.

Ahora, seguirás solo.

Esteban: madre en brazos (primer espejismo de Khan al-Ahmar)

Te toco. Te sueño. Te he pensado.

Me dejaste mudo la última vez que te vi junto a mi padre.

A él lo habíamos sacrificado repetidas veces,
en nuestras conversaciones matutinas. ¿Recuerdas?

Él, para nosotros, ya estaba muerto, de alguna manera.

Mira, mis brazos son iguales a los de él

y esta parte del pecho es igual a la tuya.

También algunas expresiones de los ojos y la boca,
son tuyas.

Aquí puedo encontrar otras palabras para explicar

el origen de tus razones

sobre mi educación y mi conducta.

No te juzgo por haberme abandonado,



pero yo me quedé como un cobarde temblado de frío,
esperándote dentro de mi habitación durante todo el invierno.
Luego, volviste. Pero yo no te quise más.

Esteban: padre de Hamlet (segundo espejismo de Khan al-Ahmar)

Hazte presente como en Hamlet.

Tengo la espada hundida en la parte superior de tu cara
y eso te va bien con el sombrero.

Aquí van mis cuentas, viejo:
quise matarte y nunca lo hice,
fin de la historia.

Así pues y al cabo de veinte años,
mi amor al periodismo fue otro.
Como supe que estuviste en Luanda, que bebiste
en el estero sur con Kapuscinski
y, luego, como otros tantos periodistas, decidiste salir huyendo
cuando la guerra recrudecía.
¿Intentabas salvarte? ¿Fue un acto de cobardía?



¿O intentaste salvarte por cobarde, pensando que podías volver a México donde un chico de catorce años te esperaba leyendo a Julio Verne?

Al paso del tiempo, ya ves...

estoy en el mismo camino.

La peor herencia de los padres es el oficio.

Y eso es lo que se ha comprobado conmigo.

Este oficio, para mí, es conjugar el verbo morir, en una guerra que se libra dentro de mí.

X

Es necesario llegar hasta la aldea y conversar con los Beduinos sobre posibles posiciones ideológicas respecto a la demolición de sus aldeas. No sé si mi cuerpo, convertido ahora en un bloque de concreto, pueda seguir avanzado o volver a Tel Aviv y tomar un vuelo a Los Ángeles.

Pies, sexo, cuello y cadera están regulados por el poder de esa inercia.

Luego, tengo acceso a un momento de movilidad donde reconozco por la posición del Sol,



que ya ha transcurrido más de media tarde desde
que llegamos acá y se acerca la noche.

Los olivos incendiados de Khan al-Ahmar/ Reencuentro con el sentido original del dolor/ Mujeres organizan una ceremonia ataviadas con pieles de cabra/ Hay una pequeña escuela que sirve como punto de reunión y cuartel de operaciones/ De todo esto, no podrá hablarse absolutamente nada/ Esteban piensa: «Quisiera saber la opinión de todos los que han venido por acá, como Sontag, Genet, Saramago, pero también la mía. Bueno, acá lo propio»:

Primeros pasos en Khan al-Ahmar

Comencé siendo víctima de la tristeza.

El viaje llevaba semana y media, pero en mí
había transcurrido un año completo,
dejándome asaltar por ese recuento de imágenes
de hombres que habitan el desierto y muestran al desierto
sus razones para continuar ahí.

Me vi rebasada por los espejismos:

Ahí, Khan al-Ahmar era una nube de arena



que se desplazaba casi imperceptiblemente.

Se sepultaba ella misma y luego salía a la superficie.

En los linderos del desierto de Judea,
está Khan al-Ahmar, como caravasar rojo
flotando en un paraíso desplazado
(impenetrable para los escépticos),
y los poderosos tanques que arrasan con otras aldeas.

Vivir del desierto

es dejarse sepultar por el desierto.

1. Vamos avanzando y recuerdo que hay algunas personas que nos observan desde el momento en que llegamos aquí. Llevan el registro de nuestros nombres, de las cosas que hemos visto y pensado, de la suerte que hemos corrido.
2. Los beduinos descifran los códigos corrientes de la soledad: estamos viendo crecer el paisaje de las líneas de la mano, su línea horizontal se alarga hasta que llega al piso. ¿Qué dice esa mano? ¿Qué dicen los chicos entre las cabras? ¿Hay gente que puede ayudar a controlar a esas criaturas? ¿Les alcanzaría la vida?

3. Hablan sobre la existencia de una mujer-cabra. Una mujer que persigue a los pastores, desplazándose con la velocidad de una serpiente por la arena y, luego, incorporándose, de pronto, para pastar con el resto del rebaño como una más. Una mujer con la capacidad de mirar por encima de las pequeñas partículas luminosas que rodean los tanques, encendidas por el Sol del ocaso.

Malva ha quedado hablando para sí misma.

Quedo pendido de un acantilado invisible del desierto

y el miedo por el vacío aparece otra vez.

Me recorre y me paraliza el cuerpo:

¿qué hay detrás de este paisaje?

Voy hasta el fondo y rasgo el ciclorama

de la *deus ex machina*. Luego, lo muestro:

miren lo que estaba detrás.

Detrás estaban los bastidores de la ciudad que antes

fue Khan al-Ahmar.

Esteban, no me gusta lo que estoy viendo. ¿De qué trata esta alucinación? ¿Trata de nosotros dos? ¿Trata de acabar con una aldea? Mira: los sionistas han sacado las armas. Un grupo de colonos se acerca y me han dado ánimos de lanzar una piedra. ¿Está mal? ¿Crees que me comprometería? Lanzar la piedra sería sencillo,

pero, según la lógica de su trayectoria, esa piedra vendría luego de regreso hacia mí. Y bien, esa idea me ha sacado del sueño o ha hecho que el sueño se viva de manera distinta.

Entramos a la escuela/ Hablamos con los Beduinos/ Malva se altera

He conversado con los Beduinos y me han dicho que las presencias de mi vida pasada me aterran. Hoy, antes de salir de Bethlehem, miré otra vez mi cama destendida: ahí lo comprendí todo o, por lo menos, comprendí algunas cosas que generalmente no comprendo. He pasado viendo los pliegues que deja mi cuerpo sobre las sábanas y creo que eso puede ayudarme a interpretar el destino. Pensé en que podría dedicar los próximos años de mi vida a leer camas destendidas, pero por el momento no. Por el momento, aquí, los beduinos han dicho: “Dentro de poco, nadie tendrá una cama para dormir”.

Dentro de poco, nadie tendrá una cama para dormir

y mi capacidad de dormir no será la misma.

Alguien, en alguna parte, pensará en mí

y mis ojos (dos faroles de auto)

destellarán el paso de las tormentas.



No me importaría mucho irme de aquí
y ver a los beduinos tratando de tomar turno en
un campo de refugiados en Ramallah.
No me importaría salir huyendo con la cabeza
de una cabra en el equipaje,
para intentar pasarla por los controles de seguridad
en el aeropuerto de Ben-Gurión.

Luego, pienso en que nuestra política del deseo
se aleja cada vez más de lo elemental:
la casa, la cama, el poder despertar.

Esteban (*frente a los beduinos/ Entre las cabras*): Malva comienza a gritar, intenta quitarse la ropa y voy hasta ahí para impedirlo. Trato de convencerla de volver a Jerusalén y tomar un descanso, pero no me escucha. Camina hacia la parte trasera de una de las dunas y se recuesta entre las rocas. Me quedo observando hasta que queda dormida y se hace la tarde. Acabo la cajetilla, la tomo cuidadosamente en mis brazos y vuelvo con ella al sitio de los beduinos.

Las aldeas del desierto sobreviven gracias
al reposo de los tanques,
que a la mañana siguiente han prometido volver.



Malva se reincorpora al espacio,
acaricia a las cabras y se reúne junto a los niños
para mostrarles algunos ejercicios que pueden
seguir con facilidad.

Me acerco para decirle que es tarde
y debemos volver,
pero me ha dicho que prefiere pasar la noche ahí,
que yo también merezco descansar un poco.
Y, luego, me besa.

Malva: Vengo de una ciudad apátrida que se comporta como cuerpo errático en el espacio, sin gravedad. He sacrificado muchas ideas que pudieron salvar al mundo para detenerme a contemplar la belleza de lo simple, de lo no importante, de lo casual. Creo en la irrupción y en la fuerza que modifica, pero también creo que es importante que nada cambie. Que nada se mueva de este lugar. Que todo permanezca igual. Esta noche se reabren algunos expedientes: archivos que comprueban que la historia no es una moneda de cambio, sino la alteridad de nuestras vidas pasadas. Al final, todo permanece. En algún sitio, entre el reducto, entre el escombros, entre las reminiscencias ocasionadas por la barbarie: en esta aldea, han desplazado años atrás a más de 300 niños con sus familias, sus pertenencias, sus animales de crianza. Y eso ha herido mi vanidad de artista

conceptual hasta llegar al llanto. Estoy inmobilizada. No puedo hacer nada. Me convierto en una piedra más que servirá para poder seguir construyendo el muro.

Esteban: No puedo regresar a la idea de que es importante cambiar de aspecto, bajar de peso, leer los libros pendientes, llamar a Malva, decirle que aquella tarde en aquel vuelo sangré más de la cuenta y tuve que dirigirme al baño del avión. Y la dejé sola cuando en realidad había prometido acompañarla, velar su sueño, aunque no nos amáramos, aunque ni siquiera nos conociéramos suficiente. Me pienso como un periodista perdido entre una multitud de desplazados que son conducidos paulatinamente a un campo de concentración de la conciencia; a un campo florido, donde las flores despiden a menudo la fragancia inconfundible de la muerte. Hoy, siento el peso de esos desplazamientos y siento el peso de los materiales de tantos hogares desfallecidos en la antigua Cisjordania, como si estuvieran frente a mí, como si no se valieran por sí mismos y me pidieran llevarlos a cuestas, pero no puedo. Aun así, lo intento y me debilito pronto. Todo se me viene abajo en un segundo y tengo que volver a comenzar. Palestina: una geografía comprendida en una pequeña piedra que guardo en mi bolsillo. Palestina: una piedra reducida a la palma de mi mano y una palma de la mano que se mantiene inmóvil a la hora de tener que volver al bolsillo. Al día siguiente, despierto a Malva con un vasito de té, nos despedimos y tomamos juntos el autobús de regreso a Jerusalén Este. A lo lejos, vemos a Khan al-Ahmar tan pequeño, tan solo, tan incomprendido (y tan infames que somos nosotros con el recuerdo, que apenas y recordamos lo que pasó



ayer) tan pequeños, tan solos, tan incomprendidos, tan indefensos frente a la presencia de los tanques, que finalmente esa mañana, después de que nos hayamos ido, habrán cumplido con su promesa.

XI

Hemos estado viajando durante cinco semanas y Malva, contrario a lo que ha dicho, en vez de envejecer, ha estado rejuveneciendo con las altas temperaturas del desierto.

Mi análisis sobre las fronteras se reduce. Ha estado acumulando diferentes aspiraciones, entre las que se encuentra: no ser. Desaprenderme. No ser norte ni sur. No ser este ni poniente, ser un hemisferio inexacto, incomprendido. Límbico.

Nos entregamos al espacio de la tentación por atravesar la línea divisoria y quedarse ahí, sin necesidad de confirmar la existencia, ni tomar registro de las explosiones del subsuelo, ni tomar partido por ninguno de los dos territorios.

La zona de arriba es también la última: el campo de refugiados de Jenin, sede del Freedom Theater y sede de una de las guerras más sangrientas que esta región haya librado.



—Me siento cómoda.

—¿Sí?

—He tratado de olvidar todo. ¿Te gusta? Verme sin recuerdos. No recordar. Un atentado a la memoria, a la que tanto hemos recorrido sin éxito durante los últimos años. Ahora, para poder continuar, he olvidado y soy más hermosa y más inconforme y menos callada y más ligera.

—¿Entonces, ya podemos ir a la cama?

—¿Entonces, ya puedes irte a la mierda?

Llegamos a Jenin. El polvo de las estaciones de servicio nos nubla la vista y el ruido de los autos me hacen recordar una fascinación que tenía de niño: desaparecer. Yo no quería volar ni ser invisible, simplemente quería tener el poder de desaparecer en momentos como este.

—¿Te sientes bien?

—No.

—Deberías parar de fumar un momento.

—Me ayuda.

—¿A?

—A desaparecer.

—Es lo más sensato que has dicho hasta ahora.



—En eso coincido contigo.

Llegamos a Jenin. El polvo de las estaciones de servicio nos nubla la vista y el ruido de los autos me hace recordar una fascinación que tenía de niña: atravesar los muros. Yo no quería volar ni desaparecer, simplemente quería tener el poder de atravesar los muros en momentos como este.

—¿Te sientes bien?

—No.

—Deberías comer algo, cada vez te veo más delgada.

—Me ayuda.

—¿A?

—A poder atravesar los muros.

Salimos a buscar consuelo entre las máquinas expendedoras. Necesitaba con urgencia productos básicos para sobrevivir, como en occidente: M&M's, Snickers, Springers, Dr Pepper.

No encontramos nada. El tiempo de los milagros quedó atrás, sepultado bajo la capa negra de ceniza que cubre la historia de esta guerra.

—¿Llegaremos pronto, Esteban?



Me he venido quedando poco a poco sin voz. Enciendo el último cigarrillo de la caja e intento ver, con los reflejos del sol, el mapa de ubicación en el teléfono. Tengo hambre, el equipaje pesa lo doble en este momento y nunca he valorado tanto la belleza de las habitaciones en hoteles confortables como ahora. Aquí dice que estamos a 23 minutos andando.

Él se detiene a comprar cigarrillos. Yo compro una botella de agua y me la vacío completa. La tela de la ropa se me adhiere al cuerpo. Los hombres me miran y me hacen sentir culpable de vestir así, de caminar así, de comportarme como una liberal traumatizada por el conservadurismo.

—¿Estás listo?

—Digamos que puedo seguir.

—Bien, entonces, vamos.

Mi cuerpo es una zona limítrofe entre el desplazamiento y la inmovilidad: la energía contenida formula en mí visiones, esporas que se organizan en pequeños batallones para hacer de las suyas en la superficie de la piel: suben al cuello y bajan al sexo, se desploman y vuelven a nacer en un ciclo interminable que solo se detiene cuando entro al baño y me ducho. Bien, aquí estoy otra vez: Esteban ha vuelto.

—¿Se puede?



—Por favor, no fumes más, no dentro de la habitación. Tampoco entres a cepillarte los dientes cuando me estoy bañando; me incomoda. No importa que haya una estúpida cortina que nos separe. No tolero la idea de estar desnuda dentro del mismo espacio con un hombre que no conozco del todo. Perdón que lo diga de ese modo, pero es así. ¿Entiendes eso?

—Bueno, a estas alturas del viaje es difícil entender algo con claridad.

—Sí, sé que es difícil, pero podemos comenzar por esto Esteban. ¿Vale?

—De acuerdo.

—Ya salí, gracias. Puedes pasar a lavar tus dientes y sangrar ahí tranquilamente.

Malva ha dicho *sangrar* e inmediatamente ha comenzado a deslizarse una gota de sangre en mi nariz. Ver presentarse, en el espacio, la sangre propia es una de las expresiones más sublimes por las que puede atravesar un hombre: *Into this house we're born/ Into this world we're thrown/ Like a dog without a bone/ An actor out alone*. Entonces, me he lavado los dientes y he salido. ¿Nos vamos? Pero no, creo que ahora Malva decidió dormir. Salgo fuera del hotel, intento controlar las ganas de fumar, pero desisto. En ese momento, Malva me sorprende:

—¿Qué haces?

—Pensaba en escribir.

—¿Qué?

—No sé, algo que me ayude a dejar de fumar un poco.



—Entonces, pensabas en realidad en dejar de fumar.

—Sí.

—Mientras fumabas.

—Al parecer.

—Esteban, perdón. Me sentía muy mal.

—No te preocupes.

—Sigue fumando.

—Ok.

—Pero no desistas en escribir.

—...

—Me hizo bien tomar el baño, dormir un poco. Ya sabes, a pesar de todo sigo siendo mujer. ¿Quieres que aun vayamos a conocer el teatro?

—Sí.

—Pues entonces apaga ese cigarro y vamos.

Girl you gotta love your man/ Take him by the hand/Make him understand/ The world on you depends/ Our life will never end. Pienso que, en algún momento, Malva se decidirá a ir conmigo a la cama. Pienso si eso puede ayudar a que tengamos más confianza y, entonces, pueda contarle que comienzo a experimentar algo parecido al miedo cada que veo una piedra tirada en el suelo, sin utilidad.

XII

Llegada al Freedom

Hay tiempo/ Me pregunto si hay tiempo/ Y si hay tiempo, ¿cuánto tiempo hay?/ Y si no hay tiempo, ¿cuándo habrá tiempo y cuánto tiempo habrá?

No sé qué decir. Estoy parado en la puerta del teatro y sé que Malva me pregunta si prefiero esperar afuera. Mi cara debe ser lo más parecido a una cara de mierda, pero intento disimular con los lentes oscuros. Le digo que no y pasamos. Bien, ya estamos dentro. En frente hay un hombre que, al parecer, sabía que vendríamos hoy, porque nos esperaba con el té ya servido.

—Lo he contactado por *email*.

Malva lo ha contactado por *email*. Y el hombre parece ser bueno leyendo *emails*. Sabe todo de nosotros. Me ha preguntado sobre algunos textos escritos en periódicos mexicanos y a Malva la ha sorprendido con algunas sentencias moralistas por su inclinación nudista en los espacios públicos.

—Bueno, eso tendrás que tomarlo como un cumplido.

—No, tranquilo. El tipo solo quiere socializar.



—Bien. ¿Podemos pasar?

—Sí. Él nos guiará.

—Bien... ¿Se puede fumar?

El tiempo se nos vino encima. Llegamos tarde al Freedom y ahí estaba Mustafa esperando. Le he comenzado a contar sobre nuestro trabajo, pero al parecer sabe más de nosotros que yo misma. Lo entiendo todo. A los musulmanes no les agrada la vida performativa que llevamos en Occidente. Se ha referido a mis acciones con el término anglosajón de *uninhibited*. Solo me ha dado risa, mucha risa. Y como prueba de que tiene razón, le he plantado a un beso en la mejilla.

—Oye, ¿por qué a mí no me besas así?

—Porque no eres palestino, ni combatiste en Jenin.

—¿Qué quieres decir?

El Freedom es símbolo de la resistencia palestina en el campo de refugiados de Jenin. Fue formado por Arna, una activista israelí que, militando en el ejército sionista, fue testigo de las atrocidades que se cometían en contra de estas comunidades y comenzó a impartir clases de teatro para los niños en este lugar. El teatro era ahí un espacio de liberación y una herramienta de lucha.

Arna Mer/ Madre mía

Veo a mi madre en la imagen de Arna.

Veo en ella una zona traslucida que me ayuda a entender el cuerpo como espacio por donde atraviesa la memoria de los materiales de construcción para las ciudades.

¿De dónde vienen? ¿De qué se componen?

¿Qué modifican en nosotros?

Encuentro en Arna el espacio del teatro de piedra y me habla de este espacio como refugio y combate.

Me habla de este espacio como el más importante, porque aquí fue donde tomaron sus primeras lecciones de expresión corporal Yusef, Nidal, Ashraf, Alá y Zacarías.

—¿Malva? Mustafa ha dicho que si queremos seguir conversando.

—No lo sé. Quisiera quedarme sola un momento.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Puedo sentarme aquí?



A veces, no puedo sostenerme en pie, lo que quiere decir que necesito obedecer al centro de gravedad. Ir hacia el núcleo. Quedarme ahí, como una piedra. No oponer resistencia. Cuidado. Miren cómo el panorama puede cambiar después de los treinta. Las piernas no funcionan igual, tampoco la vista. Y, en la medida que vemos más oscuro por fuera, más se aclara el panorama dentro.

Dejamos a Malva un momento y vuelvo a colocarme las gafas. Subo las escaleras para tener una vista completa del campo. Voy a la cajetilla y tomo el último cigarro. Me prometí que no compraría más, por lo menos, durante este día. Veo las imágenes de extremidades humanas desechas en las cajas de los cigarrillos y me pongo a temblar.

Veo a Juliano avanzar hacia mí. Nos vamos juntos a un lugar donde podamos conversar. Así que subimos a la segunda planta del edificio y ahí está Esteban, fumando en un rincón. Luego, desaparece, mientras expulsa el humo del cigarrillo por su boca. Su deseo se ha cumplido. Ahora, junto a Juliano, tratamos de lograr la concentración necesaria para atravesar los muros. Hacemos un ejercicio que consiste en colocar las manos frente al rostro e intentar regular la presión de la atmósfera, contrarrestando con inhalaciones profundas que potencian el interior. Él me lo ha enseñado. Le he pedido que vaya conmigo, pero me ha dicho que no. Entre otras cosas, porque está muerto.

—¿Sabes lo que pasó con él?

—¿Con Juliano?

—Sí, con Juliano Mer-Khamis.

—Sí, sé con quién.

—Lo asesinaron afuera de este teatro.

El 4 de abril de 2011, había detenido el auto frente al teatro. Llevaba a su hijo en brazos. Luego, un hombre enmascarado apareció de un callejón cercano. Le pidió que se detuviera. Acto seguido, le disparó cinco veces.

Juliano, me ha gustado observarte de cerca.

*Los ojos los tenías cerrados cuando llegamos aquí,
y ahora que nos vamos los has abierto.*

Caminamos y, al final, llegamos a la parte trasera del teatro. Ya no estaba Mustafa ni Esteban. Nos quedamos quietos y nos vendamos los ojos. ¿Qué ha pasado aquí? Reconstruimos la historia del teatro, mediante un paseo ceremonial por los muros que han quedado en pie y los que no. Debajo de este escenario había otro, ha dicho Juliano. Y debajo de ese otro, había otro más. Reconstruimos los hechos a partir de las nociones instantáneas al contacto y escribimos una secuencia de acción que termina, como en el caso de Edipo, preparando los ojos para el exilio.

Conversaciones secretas con Arna/ Madre/ Ella es una mujer, yo soy una fisura en el muro

Estamos tomando un té afuera del teatro. Arna me observa tranquila, como sabiendo lo que pasará conmigo una vez que regrese a México y hable sobre lo que aquí ha pasado. Me quedaré muda. Arna sabe que no podré decir nada. Que no debería. Que el cuerpo no me sostiene, pero tampoco la palabra.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Cómo imaginaste que podía ser mi cuerpo, Arna?

—Como una fisura.

—¿Cómo una fisura?

—Como una fisura del muro.

—No esperaba que esa fuera tu respuesta.

—¿Qué ves aquí?

—Tus manos

—¿Y aquí?

—Veo cómo sacrificas una liebre.

—¿Y ahora?

—Me la das.

—La liebre no ha conseguido escapar.



—¿De quién?

—De ti. Es tu presa.

—No quiero que lo sea.

—Pero lo es. Cómela.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no estaré comiendo una liebre. Estaré comiendo a mi propio hijo.

—Toma esta hoja. Dibuja lo que ves.

Dibujo del cuerpo mágico de Jenin

Cabeza: zona superior del muro.

Pecho, hombros y parte del cuello: soportes de concreto y vegetación.

Manos: armamento/ Planetas.

Línea diagonal que atraviesa el abdomen a la altura del bajo vientre: deseos.

Bosque y luego desiertos.

Abajo en los pies: las escrituras de otros testigos que han visto caer a sus mártires.

—Aprovechas los espacios del tiempo.

—Dentro de mi cuerpo, habitan las voces de antiguos amantes que me reclaman atención. Quieren que el cuerpo esté destinado a ser una prisión de sus deseos.



—¿Qué surge de ahí?

—De la mano, surge la voz de Rubén. Luego de la voz de Rubén, surgen laberintos y espacios de oscuridad, voces de hombres que ni siquiera recuerdo. En esos espacios, pude ver los ojos de mi primer amante y, desde su sitio, regresé al momento de los besos secretos con mi hermano. Conclusión: mi vida se ha convertido en un espacio de tránsitos inconclusos.

—Desde que las cosas se desvanecieron, surgieron espejismos, espectros temperamentales de la infancia. Así, los chicos llegaron hasta aquí para reclamar lo que les pertenecía. Hubo muchas ganas de trabajar alrededor de una simulación: todos aparentaríamos estar vivos. Haríamos esa obra, en este teatro.

—El cuerpo de mi padre y el de mi hermano se manifestaban claramente en mi cuerpo y comencé a adoptar posiciones, posturas. Expresiones parecidas, casi idénticas a las que tenían ellos. Miren: estoy destinada a repetir los patrones de mi padre, de mi hermano y de mí misma. Y quiero dejar de ser así. Quiero arrancarlos a ellos de mí.

Recorrido final por el teatro/ Mustafa ofrece conocer los espacios representativos de la sala, donde han ocurrido algunos de los combates durante la segunda intifada/ Última secuencia antes de dejar Jenin



Escenario del teatro. No puedo sostenerme más. Me desplomo sobre el escenario. Esteban viene, me intenta poner de pie. Mi vida está hecha de ausencias. Quiero tener la apariencia de las cosas que he amado, quiero tomar la forma de la cama, del reloj de pared, de la mesa, no de los hombres que me han hecho daño. Quiero invitar a mis antiguos amantes, sentarlos a la mesa y ser la mesa. Que conversen sabiendo que estoy ahí, pero que no puedo responder ni preguntar nada porque soy la mesa y las mesas, entre otras cosas, no hablan.

Cabina del teatro. Voy hacia la parte superior del teatro a detallar imágenes y sonidos. De niña, caminaba a oscuras por mi habitación para tratar de guiarme con las formas. ¿Cómo podemos dar sentido a las presencias? ¿Tocándolas para comprobar que existen?

Sótano del teatro. Camino hacia abajo. Encuentro mi cuerpo de niña que se compromete a dejar atrás las mentiras. Tomo el pequeño cuerpo y lo golpeo hasta que está lo suficientemente desecho como para poder responder. Luego, digo: “Ese cuerpo de niña era yo”. Necesito encontrar el camino que me aleje de casa, de ese cuerpo de niña. De la niña que fue criada en esa casa. De la casa que quise tener. De la niña que quise ser.

Patio de butacas: yo frente a mí. Me he sentado a ver mi cuerpo aparecer en el escenario y he tratado de saber quién soy después de hacer este viaje. He

avanzado hacia diferentes direcciones del recuerdo y, en todas, me he topado con la misma historia: soy algo de lo que no he podido escapar.

Camerinos: mis padres junto a mis amantes entrando a mi espacio de intimidad sin autorización. ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no pueden dejarme un momento conmigo misma después de lo que acaba de pasar? Dicen que encontrarán la cura para mí. Que defenderán mis causas, que comprobarán mi inocencia, pero, al final, todo eso no ayuda en nada y solo me atormenta.

Estacionamiento del teatro: los hijos. Trato de explicarme que el tiempo es un pedazo de atmósfera ingrávida, que nos devuelve a la idea de infinito. Le pedí a mis padres encarecidamente no nacer. Trato de vencer el miedo por el contacto del otro. Trato de vencer la educación que me dieron. Arna, tuvo por compañero a un hombre palestino del que nació Juliano. Junto a él, mantuvieron este espacio hasta que fue destruido y Arna murió y asesinaron a Juliano aquí. Justo en este lugar. El campo de refugiados en Jenin, todavía llora por la muerte de Juliano. Y yo lloro, sin saber por qué.

XIII

Volvimos al hotel y, por primera vez, hicimos el amor



Tendría que dedicar todo un capítulo a esta parte, pero por el momento lo diré así: fue torpe, apresurado. No me tomé el tiempo suficiente. No actué como debería y creo que, al final, no la hice sentir bien. Incluso, creo que eso nos alejó el resto del viaje. Al terminar, ella fue a la ventana todavía desnuda y comenzó a llorar. Me sorprendió mucho ver eso. Me acerqué para pedirle que volviera a la cama, traté de abrigoarla con mis brazos. Me dijo que no debió pasar. Que no quería que sucediera otra vez. Que eso le hacía perder credibilidad en mí, en lo que habíamos convenido al iniciar el viaje. No supe qué decir. Comencé a sangrar de la nariz. Estúpidamente, comencé a sangrar. Fui de prisa al baño a buscar una toalla para limpiarme y, luego, volví al buró de la cama para buscar el paquete de cigarrillos. Malva ya no estaba en la ventana y la idea de un suicidio repentino me sacudió hasta los huesos. Me desplomé en el piso, comencé a tener dificultades para respirar y recordé a mi padre en medio de la guerra, enviando un telegrama para nosotros, donde decía que no estaba preparado aun para volver. Que, si volvía, iba a depositar en nosotros el peso fúnebre de su tristeza. Que cuando uno vuelve de esos lugares, no vuelve igual. Que no quería, por el momento, eso para nadie. Y, entonces, permaneció en Luanda dos años más y no supimos nada de él. Y todos pensamos que estaba muerto, hasta que un día tranquilamente abrió la puerta de casa con su propia llave, entró a la habitación, se desvistió y, sin decir una palabra, durmió el resto del día. Así Malva, se presentaba esa mañana como un fantasma que aguardaba oculta bajo las sábanas, con los primeros rayos de sol de Ramallah, en ese cuarto de hotel,

en el cuarto piso. Sabiendo que el tiempo de la tristeza comenzaba a hacer su trabajo en nosotros, otra vez.

XIV

Mi cuerpo es un espacio para recibir la Nakba de 2018. Es una estructura de claridad absoluta que apunta a otras necesidades vivas de la catástrofe.

1. No tengo hijos y, si los tuviera, los abandonaría. Nada bueno podrían conseguir de mí.
2. No tengo tiempo de sacrificar los ratos libres por estar con alguien por amor. Quiero decir, por tener espacios donde esto pueda ocurrir.
3. No tengo dinero ni un trabajo confiable. Sé que no hemos venido aquí para hablar de eso, pero el sentido de la vida me parece absolutamente insuficiente, frente a este dolor, inamovible.

Por eso, he pensado por primera vez desde que comenzó este viaje en volver a México y se lo he dicho a Esteban.

El futuro/ Los puntos de contención/ Malva. Cuerpo desplazándose lento al final del viaje

Volvemos a Ramallah. La salida de nuestro avión se ha programado dentro de dos días. Le he pedido a Malva que salgamos a visitar algunos museos, tratar de enfocar la atención en otro sitio y, si es posible, dormir. Hacerlo por un tiempo importante.

—Quisiera estar sola.

—De acuerdo.

—Alejarme un poco de todo.

—Habría que estar en Tel Aviv el jueves por la mañana.

—Lo sé. Hay tiempo suficiente.

—Reservé en Ramallah dos días de hotel.

—Está bien. Gracias.

Un estado asesino vigila a los turistas presuntamente implicados en labores de activismo o documentación sobre las atrocidades que cometen sus fuerzas armadas. Una larga lista de crímenes que sucedieron ayer, que suceden hoy y han quedado impunes y que seguirán sucediendo, sacuden nuestras reservas con uno de los mayores logros que ha conseguido la ocupación: el miedo, la persecución, el silencio. Y, para nosotros, hay dos días en los que debemos deshacernos de toda evidencia que nos relacione con lo que ha pasado.

Los mapas. Los horizontes perdidos: Malva frente al testamento de Darwish en Ramallah

Una niña no deja de correr en los pasillos de la galería del Museo de Darwish. De verdad quería venir a este lugar. Es un poeta al que admiro profundamente. He ido directo a pedirle a sus padres que la detengan un momento. He tratado de calmarme y me he sentado a respirar, mientras Esteban entrevista a la directora del museo. Me veo a mí en esa niña que hacía de todo mientras sus padres se dedicaban a atender sus negocios. Iba por ahí, como esta niña, arruinándole la vida al mundo. ¿Cómo nunca me di cuenta de eso? Demoré mucho en hablar, en andar en bicicleta, en tener mi primera relación sexual. Ahora, las cosas no son mucho mejor. Leo el testamento de Darwish y siento un deseo imparable de morir como él, con una razón, con un ideal. Y eso es todo. Pienso en la posibilidad de regresar a mí, a mi centro, pero no lo encuentro. No tengo centro. Ni tengo sur, ni norte. Mañana es la salida a México y tendremos que hacer hoy el equipaje. ¿Qué guardaré ahí? ¿Qué quiero llevarme? ¿Un pedazo de tierra palestina que esté libre? ¿Aunque sea solo un puño, resumido en una piedra? Llevaré una caja de piedras en el equipaje y al llegar al aeropuerto repartiré una a cada pasajero para que no se olvide de este lugar. Porque: *A lo lejos, detrás de sus pasos, el lobo muerde los rayos de la luna./ A lo lejos, delante de sus pasos, una estrella ilumina la copa de los árboles/ Y cerca de él, la sangre que corre de las venas de la piedra lo animan.* Darwish: siempre

quise salir con alguien como tú. ¡Por favor, que alguien pare a esa niña o voy a enloquecer!

XV

Aeropuerto de Ben-Gurión

Estamos parados frente a la puerta de acceso del aeropuerto de Ben-Gurión en Tel Aviv. Nos han advertido que los controles de seguridad se han intensificado y algunos activistas, medios libres y *proderechos* nos han recomendado deshacernos de cualquier tipo de evidencia que nos delate. Detengo a Malva y le pido que sea cuidadosa con eso. Incluso, le propongo acordar una versión común de lo ocurrido.

—Hay casos donde separan a las parejas.

—Supongo.

—Verifican que sus versiones coincidan.

—¿Qué diremos? ¿Qué fuimos a Haifa?

—Que fuimos Jerusalén, que somos cristianos.

—No podría mentir con eso.

—¿Por qué?

—Esteban, no sé ni hacer la cruz con los dedos.



Avanzamos hacia la puerta principal. Unos hombres se encargan de elegir a pasajeros que a su juicio resulten sospechosos para hacer un interrogatorio previo. Son el primer filtro. Obviamente, nos han detenido. He dejado a Esteban hablar, que tiene más aspecto de judío que yo.

—Listo.

—¿Y?

—Todo bien.

—¿Qué le has dicho?

—Qué es nuestra luna de miel.

—Bueno, lo más utópico.

Avanzo con Malva hacia otro filtro donde de forma manual registran el equipaje aplicando detectores de armas y explosivos. Me acerco a preguntar si ha dejado resuelto el tema de los *souvenirs*, que es como hemos llamado a nuestro registro.

—Los audios, los contactos y todas las fotos están en la nube.

—Revisan también cuentas de iCloud.

—Lo subí por FlipDrive. Borré las contraseñas y el historial.

—Ok. ¿Y los mapas?

—En el doble fondo de la maleta.

—¿Cómo?



- Diré que soy geógrafa.
- Geógrafa de territorios ocupados.
- No, de asentamientos ilegales.
- Shht.

Bueno, al parecer, hasta ahora todo ha resultado. Hemos superado el segundo filtro y solo falta documentar y abordar el vuelo. Nos dirigimos a British y Esteban me detiene. Leo en su cara: “Me han dado ganas de salir a fumar antes de documentar, pero no sé cómo decírtelo”. Y, luego de unos segundos, me lo ha dicho.

- Saldré un momento.
- ¿Estás loco?
- Solo será uno. Antes de volar.
- Esteban, dentro hay *smoking room*.
- No hay, lo vi en la página.
- ¡Haremos escala en Estambul! Son apenas dos horas de vuelo, mierda de adicto.
- Estaré aquí en menos de cinco.
- Volverán a revisarte.
- No lo harán, dejaré aquí el equipaje.

Malva: manifiesto del dolor en el mapa del cuerpo

Esteban no ha vuelto y han pasado más de diez minutos. Me pregunto si se habrá metido en problemas o intenta fumar la caja entera. Por mi cabeza, atraviesan las imágenes precipitadas del viaje: los campos de olivo, las manos de las ancianas sosteniendo la llave de una casa a la que no volverán, el muro con la imagen de Ahed Tamimi. Comienzo a necesitar un poco de aire. Me siento sobre el equipaje. Saco el celular para buscar algo de música. El sonido de los torniquetes y las puertas giratorias del *check point* de Qalandiya se reproduce. Veo que aun en el bolsillo tengo un poco de arena del desierto de Jericó. Pienso en mi madre, que siempre quiso conocer acá. ¿Qué voy a contarle cuando vuelva? ¿De los niños que se volvieron soldados de Jenin? ¿De los ojos nobles de los beduinos junto a sus dromedarios esperando que sea demolida su pequeña aldea? ¿Del tiempo que parece que no corre en esas aldeas suspendidas? Hoy, he visto que Khan al-Ahmar no existe más y he experimentado un golpe en el bajo vientre que todavía no logro poder interpretar. ¿De qué ha servido todo esto? ¿Cómo nos lo podemos explicar? ¿O no es necesario y basta con llevarlo alojado en algún sitio del cuerpo hasta que desaparezca?

1. Tomo una pequeña tiza del bolso.
2. Comienzo a trazar con ella el mapa de Palestina en el piso.
3. Me descalzo: sigo el trayecto de sus líneas con las puntas de los pies.



4. Comienzo una danza que recorre el cuerpo de un país entero, donde el dolor que se le ha provocado, supera todas las denominaciones.
5. Continúo bailando con los ojos cerrados, sin importarme demasiado lo que suceda allá afuera. Disculpen todos: esta era mi única manera de decirlo así, como puedo. Un manifiesto de rabia y compasión que habita en lo inmediato del cuerpo. Una manera de estar, de ser por ellos, de tratar de entender el curso inestable de las despedidas.

Esteban: nadie sabrá nunca lo que ha pasado aquí

Finalmente, ella tenía razón y he tenido que pasar nuevamente por los dos filtros de seguridad. Noto una movilización en la sala que no existía antes de irme. Me acerco al sitio y veo a Malva bailando en puntas de pie sobre un mapa trazado en el piso. La gente se ha reunido alrededor y graba desde sus teléfonos. Los controles de seguridad se activan. He tratado de acercarme a ella, pero un militar me lo impide. Trato de explicar que lo que hace es una manifestación pacífica, que no traerá consecuencia alguna, pero no me escucha. Me retiene de los brazos y me lleva de un golpe hasta el piso. Desde abajo, veo cómo hombres armados de todos los puntos del aeropuerto avanzan para inmovilizar a Malva de manera inmediata. Grito desde mi posición, que no la lastimen, pero es inútil. Un oficial le ordena que permanezca inmóvil, pero ella no lo escucha. El resto comienza a registrarla.



Quiere descartar la opción de un posible ataque o algo así. No lo sé, pero la lastiman. Uno de ellos le apunta directo a la cara. El tiempo se ha detenido en esa imagen. Nadie sabrá nunca lo que ha pasado aquí, pero he visto claramente una sombra que atraviesa el cerco entre la vida y la muerte en este momento, como si se tratara de una frontera de libre tránsito para este lugar. Tan fácil de cruzar. Sin implicación alguna. Malva sigue bailando. El hombre amaga con disparar si no se detiene, pero ella tiene los ojos cerrados y no ha podido notarlo. Seguirá bailando, lo sé, la conozco. Sé que me dice: “Déjame, déjame aquí. Estoy bien. Solo no fumes cerca”. Entonces, un ligero viento comenzó a recorrerme el cuerpo, la zona de mostradores, las bandas metálicas, los controles de seguridad. Y, no sé por qué, en un momento, me pareció notar que todos los que estaban mirando ahí, llevaban piedras en las manos...